

Tratado de Paz. El objeto de la reforma puede enunciarse en pocas palabras. Cuando esta reforma haya sido ratificada por las tres cuartas partes de los Estados miembros de la Organización, tendremos en el consejo de administración 32 miembros en lugar de 24. Esto representa la posibilidad de asegurar una representación directa en dicho consejo con un mayor número de Estados. Con frecuencia se ha lamentado que algunos Estados extraeuropeos no hayan podido estar representados en las sesiones del Consejo. De hoy en adelante, la representación será más numerosa. En vez de una representación alterna de Chile y la Argentina en el Consejo de administración, podrán formar parte de éste representantes de dos o tres Estados de la América latina.

Varias veces, en mis discursos o en mis conversaciones, he tenido ocasión de decir, en Madrid, el interés primor-

dial que concedo al desarrollo de nuestras relaciones con los países latinos de América. Son grandes Estados de pensamiento y de tendencia democráticos. Estados donde la industria nace y se desarrolla con intensidad inaudita. Estados donde los problemas sociales empiezan a plantearse claramente. Mejor que otros, podrán aprovechar nuestros esfuerzos; mejor que otros, pueden aportar concursos vivos y energías juveniles al seno de la Organización Internacional del Trabajo.

Esto es lo que ha comprendido España al dar el ejemplo de la ratificación de la reforma del artículo 393. Para nuestras organizaciones es la puerta abierta por la cual saldremos para dirigirnos hacia los grandes países de la América latina.

ALBERT THOMAS

(El Sol, Madrid).

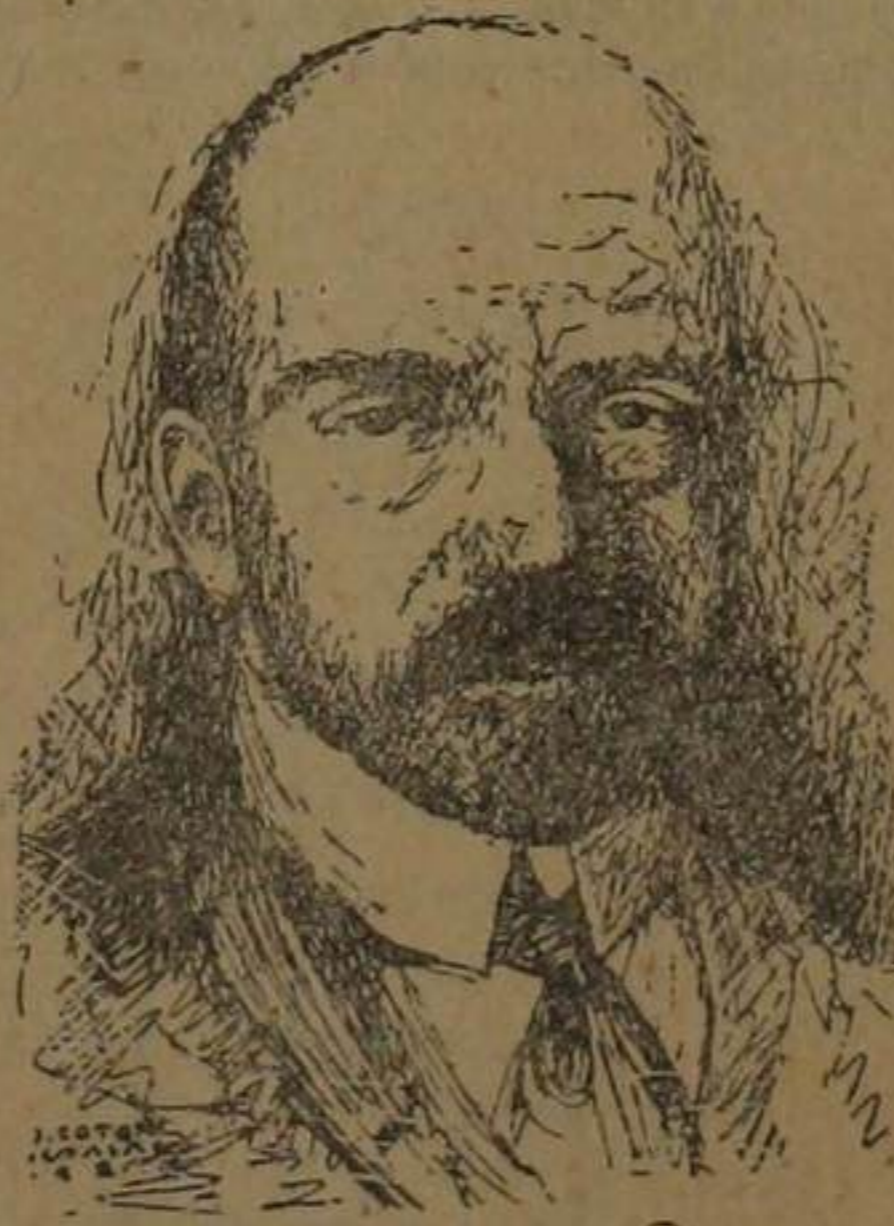
Pío Baroja

No tenemos miedo a los literatos que han asesinado al padre, como contaba Baudelaire. El ogro fue siempre poco fotogénico y es por esa razón tan sólo por la que nos da miedo un hombre cuyo nombre leemos con frecuencia y cuya efigie no conocemos, en esta época de «persuasión» por la imagen. Si todavía no lo han fotografiado, es que no debe existir. Y si este hombre nos ha llamado en la noche por nuestro nombre, la inquietud que en nosotros despierta puede parecerse al terror. Este es el caso de Pío Baroja. No habíamos visto nunca su retrato. Conocíamos sus hoscas novelas donde hay algo de ceñudo que no posee el paisaje vasco, pero que es vasco, sin embargo, y que tal vez esté en la arquitectura de la lengua; que chisporrotea y no arde de verde que aun está. Le daba a esos estudios de caracteres el corte dramático e insurrecto del dolor que dura toda la vida frente al placer que dura sólo un instante. (He leído ayer noche a Oscar Wilde).

Pío Baroja, para llamarnos desde la caverna en que lo habíamos alojado, desconociéndolo, nos gritó en *Juventud*, *Egotría* con una acritud que, por lo intensa, debía dejarlo desarmado al cumplir su deso. Nos había dicho todo lo que le pesaba sobre el espíritu, tal como el padre que amonesta a su hijo y lo hace sin rencor y sin envidia, y que luego queda contento por haber cumplido una tan dura misión.

—Uno debe ser a veces duro para los que quiere bien—me dice Pío Ba-

roja. Y me recuerda a mi padre, vasco como como él. Por eso le doy la razón. Los vascos que han trabajado siempre,



PÍO BAROJA

aun en la Edad Media, cuando la Europa era una cueva de malhechores, no tienen pudor para decir lo que piensan, ni ocultan con eufemismos los hechos. El lenguaje éuskaro no está poetizado todavía y hay palabras que en la boca de los vascos fuertes parecen piedra de honda.

Yo no le pido a Pío Baroja, con quien voy recorriendo las calles de París a media noche, que me recite el mea-culpa. Durante la guerra, pareció

ser en España el amigo de la Alemania fuerte y militar, el admirador de la ruda organización del Norte. Y su error era bello porque era sincero, así como debía medirnos, duramente, más tarde, de todo corazón. Vuelve hoy de Alemania, que no conocía sino a través de las obras que alargan sus fronteras: el arte, la filosofía y el poder militar. Pío Baroja no es un amante arrepentido, aunque en verdad eso sea. Parece tan cruel cuando habla de lo que acaba de ver, que se dijera que es un amante que nunca ha querido. La Alemania que ha visto lo ha helado. Y después de contarme la decepción que ese país de hierro y cálculo le reservaba, ha terminado diciéndome:

—Y lo peor de todo, en este trance, es que no se tropieza con un hombre inteligente en Alemania.

Yo desearía que este espíritu libre que sabe reírse sin empacho, como se ríe un niño ante un payaso, fuera a la Argentina como ha venido a Francia, a devolverle en una conferencia, que ha dado en la Sorbona, la flor delicada de su afecto honroso. El ogro que llamó a la América Española el «continente estúpido», es un hombre que ríe; el filósofo es sensible a la belleza de la acción, y el literato de los cabellos grises, ama la juventud.

Cuando se cuentan cosas interesantes, uno de sus amigos dice:

—Ya verá todo eso en un libro de Baroja.

Porque es con el caudal del genio disperso, con la anécdota que posee la sugestión capaz de ahogar entre su realismo la más alta imaginación creadora, con lo que Pío Baroja compone sus obras y ameniza sus tertulias. Seguramente ha conocido a un hispanoamericano que respondía al retrato que de nosotros hizo. Generalizó y pecó, sin que envolviera en el comentario odio alguno, y es así que se descuaderna de risa cuando le leo un trozo de Oliverio Girondo que dice: «Es tanta la mala educación de Pío Baroja, y sobre todo es tan ingenua la voluptuosidad que siente Pío Baroja en ser mal educado, que uno es capaz de perdonarle hasta la falta de educación que significa llamarse Pío Baroja».

Al fin está satisfecho Pío Baroja ante la reacción masculina que su manera de ser provoca en la juventud. Nadie más cortés ni más sociable que el autor de *La busca*. El ogro es extremadamente sociable y bien educado.

—¿Iría usted a la Argentina?

—Sería un viaje que haría con gusto. No sé, eso sí, cuándo se me ofrecerá la oportunidad.

—¿Tendría usted coraje? — le pre-

(Pasa a la página 251).